



BAUTIZAR EL DESCONCIERTO

Por Rossana Reguillo •

.....
♦ *Doctora en Ciencias Sociales.*
Especialista en Antropología Social.
Docente e Investigadora del Departamento
de Estudios Socioculturales del ITESO y del
Departamento de Estudios de
Comunicación Social de la Universidad
de Guadalajara (México).
E-mail: rossana@iteso.mx

Hay papeles protagónicos que no resultan agradables. En las últimas semanas los jóvenes mexicanos han estado en el centro del debate nacional, como imagen insistente de que algo no marcha demasiado bien, señalando de maneras diversas que, pese a las cuentas alegres, hay un malestar profundo que no se logra descifrar más allá de las visiones maniqueas y simplistas, como la que opone a los "globalifóbicos", como enemigos del desarrollo, frente a los muchachos buenos e incomprensidos que se esfuerzan por llevar este país al mismísimo centro del primer mundo.

Los estudiantes de la UNAM, los de El Mexe, los estudiantes presos, los estudiantes menores de edad internados en los Consejos tutelares, los urbanos, los rurales, las mujeres, los hombres, los temerosos, los enojados, los reventados, los serios, los solidarios, los que se desentienden, los que están a favor, los que están en contra, los que no saben, los que no entienden, los que no quieren saber, los rechazados por falta de cupo, los admitidos, los aspirantes y los que nunca serán estudiantes porque no tienen opciones, que juntos representan aproximadamente el 30% de la población de este país, configuran un complejo panorama que no puede, no debe desestimarse.

Más allá de la especificidad de

cada uno de los conflictos, de las formas en que los diferentes grupos de jóvenes perciben al país, a las instituciones y de los modos en que actúan, los acontecimientos recientes, vistos de conjunto, hablan de manera elocuente de una crisis expandida que asume distintos rostros y se expresa intermitentemente en diversos territorios.

Los estudiantes de hoy, que no son los mismos que se hicieron visibles durante la década de los sesenta, pero que, inevitablemente, son herederos del proyecto que reorganizó la comprensión y el ejercicio del poder en el país, se enfrentan al quiebre no de un modelo económico, no de un esquema político, mucho menos de un modelo educativo, sino a algo que contiene a todos los anteriores y los desborda: un quiebre en la cultura.

Estos mutantes culturales crecieron a la sombra de un discurso que les ofreció desarrollo, oportunidades, un lugar en el mundo, que les prometió, en síntesis, futuro. Hijos del bienestar, en el discurso; pero hijos de la crisis, en la práctica: devaluaciones, desempleo, empobrecimiento, deterioro del medio ambiente, descrédito de las instituciones. Pero quizás, lo más dramático para estos jóvenes, nacidos entre finales de los setenta y la primera mitad de los ochenta, fue echar a andar con unas brújulas enloqueci-

das que apuntaban en sentidos contrarios y diversos: la patria dejó de ser el epicentro de la identidad en función del mercado, pero a ellos se les exigió el respeto y el amor por los emblemas patrios y la difusa idea de algo llamado México; la familia dejó de parecerse a los ejemplos de los libros de texto, pero a ellos se les siguió reprochando carecer de un padre y una madre como lo indicaba la costumbre; la política se convirtió en una mala palabra por los abusos, la carencia de imaginación y la incapacidad generalizable de sus actores formales, pero a ellos se les demandó interés y compromiso; las instituciones de tan pesadas no pudieron acompañarlos en su viaje, pero a ellas y a ellos se les pidió respeto, obediencia, tributo.

El espacio público se convirtió en un territorio plagado de demonios y a ellos se les culpó del deterioro, se les penalizó más que a los operadores del desastre, a los delincuentes de cuello blanco que le abrieron las compuertas a la violencia; el trabajo, además de su escasez, dejó de tener sentido, y a ellas y a ellos se les dijo que la economía informal atentaba contra el sistema; la escuela se peleó con la tele y decidió establecer una separación tajante entre los saberes formales y la vana diversión audiovisual, a ellos y a ellas se les dijo que la tele era mala, que embrutecía, que mentía, pero nadie les ofreció opciones reales; el consumo se volvió una clave para convertirse en ciudadano y a ellos se les dirigieron sermones para desactivar su necesidad de tener para ser.

Los predecesores, predadores en un mundo colapsado, no entendieron, prefirieron optar por la palmadita afectuosa, por el castigo ejemplar, por el silencio precavido, por el sermón que se exoneraba a sí mismo. Los hijos del bienestar se convirtieron en exiliados, mejor, en inmigrantes en un nuevo mundo para el que las generaciones precedentes carecían de código. Ningún saber, ningún valor, ninguna institución salió invicta en el ajuste de cuentas y los adultos,

temerosos, optaron por guardar silencio y culpar del asunto a Madonna, Prince, Gloria Trevi, Dragon Ball, Los Simpson y Quentin Tarantino; la emprendieron, en su desesperación, contra el rock satánico, contra las mujeres que abandonaron a sus hijos porque querían o tenían que trabajar, contra "los gringos" como metáfora de lo extranjero, pero se resistieron a plantear una crítica de fondo al proyecto asumido aunque no declarado.

Vinieron las desgarraduras. La mala conciencia es pésima consejera. Llegaron la represión, los sermones y las consignas del tipo "esta generación ya no le tiene respeto a nada", más fruto de la angustia que del autoritarismo, más producto de la culpa no confesada que de la posesión de la verdad.

Reclusos

Y aquí estamos, ellas, ellos y nosotros, conteniendo el aliento, esperando sin esperar nada. Sin posibilidad de decretar una amnistía mutua; una exoneración que permita conciliar el sueño, sabernos perdonados pero manteniendo la coartada: no son nuestros, salieron de la nada.

Y esos entes "extraños", ajenos, pero que resultan ser los hijos y las hijas de alguien, los alumnos de alguien, los vecinos de alguien, escriben desde la cárcel:

"nos aplican exámenes psicológicos, ¿para clasificarnos?... Nos preguntan freudianamente (¿de qué otro modo preguntarle a un chavo sobre su experiencia carcelaria, sobre su vida?) sobre la infancia (la coartada que conforta), si fuimos felices (si fuimos golpeados, ya está la explicación de por qué estamos en la cárcel), puro sentido común" (Jorge Mendoza García, Preparatoria 3 de la UNAM, recluso. *Proceso*, 20/02/2000).

Y la palabra "recluso" adquiere

una dimensión extraña, desmedida. Formados para la crítica social, aprenden a usar los instrumentos por su cuenta, ello preocupa. Otro estudiante, de El Mexe, recién excarcelado, afirma ¿convencido? que se comprometió a "no cometer ilícitos", porque "nosotros somos la garantía de que los otros estudiantes presos sean liberados" (*La Jornada*, 23/02/2000). La transacción, el miedo, la chapuza, la invitación contradictoria a no ejercer la solidaridad, "quédate quieto", pero... vota, aplaude, enorgullécete del país, asiste a mítines programados, agradece a tus mayores, arrepíentete en el nombre de todo lo que apenas resiste, pero resulta conocido y por lo tanto, preferible.

¿Estamos en guerra?, ¿o estamos en mutuo desamparo? Cómo entender lo que sucede, con qué palabras bautizar el desconcierto.

En un planteamiento complejo, pero nítido y contundente, dice García Canclini, en su más reciente libro (*La globalización imaginada*), que la frase que mejor podría describir la cultura mexicana es "el que se enoja, pierde". Señala el antropólogo que es una frase que se aplica en situaciones donde se desafía el orden y las jerarquías, que refiere a un tipo de relaciones que prohíben enojarse y promueven la resignación. Pensando en los protagonismos de los jóvenes mexicanos en los últimos tiempos, quizá este análisis antropológico del poder en México podría servir para tratar de entender el desconcierto que habita a muchos ciudadanos en su intento por fijar, dentro de márgenes conocidos, una explosión juvenil que atenta contra ese principio de la falta de reacción ante un orden de cosas para el que faltan adjetivos. ¿Se enojaron y perdieron? No hay respuestas unívocas, pero queda claro que en el debate por venir, va en juego la posibilidad de imaginar un futuro en el que los jóvenes, más allá de pasar la factura, puedan ser escuchados: el enojo puede ser una forma creativa de traer el futuro ◀